

I

Sis (Cilicia)
Abril de 1375

El crujido de la madera al descender el contrapeso, un suave silbido cuando la honda rasgó el aire, y la piedra echó a volar como un pájaro demasiado grande y torpe para desplazarse por sus propios medios. Era uno de los sillares procedentes de la muralla medio desmoronada. A falta de mejores proyectiles, los trabuquetes habían empezado a utilizar como munición los escombros que las rodeaban. El mariscal Sohier de Sart siguió su trayectoria con la mirada y mientras lo hacía imaginó que él era esa piedra voladora, elevándose por encima de la muralla, pasando sobre la ciudad evacuada, a la que habían prendido fuego antes de entregarla al enemigo. Imaginó incluso que se encontraba en el cielo con el hada Melusina, que, según la leyenda, visitaba a los miembros de la dinastía de los Lusignán en sus momentos de tribulación, para sostener con ella un breve coloquio. Luego, tras haber recibido la bendición del hada, imaginó que llegaba hasta el campamento mameluco, a través del humo y los gritos desgarradores de los heridos, para estrellarse contra la tienda del emir de Alepo como si fuera el puño de Dios. Cerró los ojos saboreando aquel triunfo imaginario, pero al volver a abrirlos el proyectil había desaparecido de la vista sin causar ningún daño aparente en las filas musulmanas y él seguía anclado al suelo, impotente, sin otra esperanza que la de conseguir defender su posición frente a la próxima oleada de soldados mamelucos.

El suelo comenzó a temblar débilmente, indicando a Sohier que se avecinaba un nuevo asalto. Parecía que el lanzamiento de la piedra había despertado a los egipcios después de un breve descanso. Gritó a sus compañeros para que formasen una línea y los hombres se pusieron en pie con dificultad. Unos cuantos llevaban varios días sin dormir a causa del dolor que les provocaban sus heridas, otros cojeaban más o menos llamativamente. Todos tenían la tez ennegrecida a causa del humo y el barro; al caminar, sus armaduras oxidadas chirriaban con cada movimiento. Nadie se molestaba ya en lavarse la cara o afilar su arma. Cuando no estaban luchando, los defensores de la fortaleza se tiraban detrás de los muros junto a sus armas y se

quedaban allí quietos, mirando las nubes con ojos empañados por el cansancio.

—¡Vamos! —gritó Sohier—. ¡No pasarán!

Había repetido lo mismo tantas veces que las palabras sonaban gastadas. Pero aún debían de tener algún valor, porque caballeros y gendarmes se agruparon enseguida al escucharle. Aquellos que utilizaban hábito lo llevaban tan lleno de mugre y sangre seca que los colores originales eran irreconocibles. Solo algunas cruces se mantenían razonablemente blancas, destacando en los pechos de sus portadores como el sol en un cielo despejado.

Un grito prolongado anunció el ataque. Los egipcios lanzaban docenas de granadas de arcilla cocida rellenas de fuego griego y el resplandor resultante cegó momentáneamente a los gendarmes. Se aplastaron contra el suelo mientras las bombas incendiarias describían parábolas sobre sus cabezas, sembrando de fuego el suelo de tierra del recinto. Por fortuna para ellos, las ballestas comenzaron a disparar desde las torres del castillo, obligando a los lanzadores de las granadas a mantenerse a una distancia tal que errasen la mayor parte de sus lanzamientos. Un tirador que se atrevió a avanzar más de la cuenta recibió un flechazo en el cuello y la granada cayó de su mano con la mecha aún encendida. Rodó hacia atrás por el sendero hasta que la explosión envolvió a un grupo de infantes que esperaban la orden para avanzar; sus chillidos resonaron unos instantes por la montaña antes de apagarse definitivamente.

El resplandor de las llamas irritaba los ojos de Sohier. El calor era insufrible; su armadura se había calentado de tal forma que tuvo la impresión de estar cocinándose a fuego lento, como si unos demonios le preparasen para un banquete infernal. Pero se mantuvo en su puesto, rezando cada vez que oía el trueno del disparo de la pequeña bombardera en posesión de los mamelucos, dando gracias a la Virgen cuando el impacto se producía lejos, arrojando encima de caballeros y gendarmes un fugaz chaparrón de arenilla.

La brusca interrupción de los lanzamientos de proyectiles le advirtió de que la infantería se había puesto en marcha. También ellos se levantaron para defender la muralla. El calor todavía era intenso; muchos de los fuegos continuaban ardiendo, alimentándose de los cadáveres y los pertrechos que cubrían la pendiente. Era el tercer ataque que lanzaban los mamelucos contra el muro, empleando el empinado camino que ascendía entre rocas y precipicios. Los dos

anteriores habían fracasado, pero menos de la mitad de los defensores que rechazaron a los egipcios la primera vez seguían con vida.

Cientos de voluntarios estaban trepando por encima de los escombros y los cuerpos amontonados en la plataforma frente a las puertas, pisoteando a muertos y a heridos por igual. Los ballesteros los acribillaban desde la muralla y las torres del castillo; estando los enemigos tan agolpados, era prácticamente imposible fallar un disparo. Sin embargo, las bajas apenas se notaban en aquella marea oscura. Cada víctima era sustituida de inmediato por el soldado que venía detrás, parecía que no hubiera existido nunca. Incluso cuando los trabuquetes consiguieron lanzar a tiempo sus proyectiles y decenas de musulmanes fueron convertidos en una pegajosa pulpa de carne y hueso, los huecos que dejaron fueron rellenados en unos segundos. Los voluntarios eran demasiado orgullosos para amilanarse y Sohier, como en anteriores ocasiones, dudó entre admirar su coraje y lamentar que fuesen tan valientes. Un enemigo menos tenaz quizás habría renunciado ya a continuar el asedio, pero este no era el caso.

—¡Recordad vuestro juramento! ¡Hay que defender la muralla hasta la muerte!

Asentó los pies en el suelo con firmeza y se preparó para el envite. No quiso hacer un cálculo rápido del número de mamelucos que se aproximaban. Tampoco contó el número de hombres que defendían los lienzos de muralla. Era preferible no saberlo. Así podría hacerse la ilusión de que tenían posibilidades de resistir el asalto.

Como era habitual, la vanguardia egipcia fue segada por los defensores apenas intentó trepar a la muralla. Los caballeros, equipados con pesadas cotas de malla, yelmos y corazas, tenían una indudable ventaja sobre los auxiliares pobremente pertrechados que formaban las primeras filas de atacantes. Eran los *harfush*, uno de los escalafones más bajos del ejército mameluco, utilizados sin escrúpulo alguno como carne de cañón con la que desgastar a los caballeros. Caían como moscas ante los tajos de la espada de Sohier, pero aquellas fáciles victorias carecían de sabor, pues era consciente de que esos hombres engañados por vanas promesas habían sido enviados a la muerte. El verdadero ataque llegaría más tarde, cuando los oficiales egipcios considerasen que los caballeros daban muestras de agotamiento.

El momento llegó cuando empezaba a sentir fatiga en los brazos. El aire le quemaba en los pulmones y el peso de la coraza hacía que le doliera espantosamente la espalda. Y entonces vio al primer ma-

meluco, llevando una cota de malla y un casco que no tenían nada que envidiar a los de Sohier. Incluso los auxiliares sirios que llegaban confundidos con los soldados profesionales al servicio del emir de Alepo estaban mucho mejor equipados que los auxiliares a los que antes masacraron. Y solamente hacía falta fijarse en su forma de avanzar para darse cuenta de que también estaban mucho mejor entrenados.

La carga en el sector de muralla que defendía Sohier fue feroz. Repartía mandobles sin pensar, vagamente consciente de que dar un solo paso hacia atrás significaba la derrota. Escuchaba los gritos de sus compañeros, a veces alegres, tras haber derribado a un peligroso enemigo, a veces de agonía, tras haber sido alcanzados por una lanza o una saeta enemigas. Empujó otra escalera cargada de mamelucos, cortó los dedos de una mano que había aparecido encima del parapeto. La ausencia de los gendarmes vencidos impedía que cubriesen por completo la anchura de aquel sector de la muralla, y Sohier tenía que multiplicarse para cubrir las faltas. Pero no siempre lo conseguía. Una maza golpeó al mariscal en el hombro izquierdo y temió que se lo hubiera roto. Respondió con una estocada que se hundió en el costado desprotegido de su atacante y luego le pateó para que cayese sobre los musulmanes que aguardaban su turno para usar las escaleras. Solo el obstáculo que suponían los cadáveres tendidos en el suelo, con sus extremidades y sus intestinos entrelazados en un abrazo final, impedía a los mamelucos aprovechar por completo su ventaja numérica. Sin ese estorbo que los entorpecía constantemente, comprendió Sohier, ya habrían sido barridos como un trozo de madera arrastrado por la corriente.

—Si permanecemos aquí acabarán por matarnos a todos —chilló un gendarme con la voz estremecida por el miedo—. ¿Y de qué serviremos estando muertos?

—Si renunciamos a la muralla estaremos perdidos —contestó Sohier—. Subirán sus catapultas a esta posición y bombardearán el castillo hasta que no quede piedra sobre piedra.

Primero habían perdido la ciudad inferior. Después habían perdido el recinto exterior de la ciudadela. Ya no podían retroceder. Ya no quedaba ningún sitio al que ir. Sohier desconfiaba de los rumores acerca de túneles secretos que conducían a las recónditas fortalezas del Cáucaso. Seguramente se trataba de meras patrañas: de lo contrario, ya habrían sido utilizados para traer refuerzos a escondidas.

Captó un movimiento tras él con el rabillo del ojo y se giró veloz-

mente, temiendo que algunos mamelucos hubieran logrado sobrepasar la muralla aprovechando los huecos cada vez mayores entre los defensores. Sin embargo, se trataba de medio centenar de hombres armados, sus últimas reservas, procedentes de la parte más interior de la fortaleza. Y entre ellos distinguió a uno de mediana estatura y noble apariencia que sujetaba una ballesta, rodeado por su fiel escolta de guardias armenios.

—¡El rey! —exclamó. Probablemente fuese una imprudencia anunciarlo de viva voz, pero necesitaba elevar el ánimo de sus compañeros—. ¡Viene el rey!

León de Lusnián el quinto, rey de Armenia, llevaba puesto el hábito de caballero de la Orden de la Espada. A su derecha un sirviente enarbolaba el estandarte que lo identificaba como Senescal de Jerusalén. Y cerca de ambos, demasiado cerca para su gusto, había desenvainado también la espada el barón Basilio, cuya lealtad era, en el mejor de los casos, cuestionable.

—Ese cerdo inmundado —murmuró—. ¿A qué sale? Casi prefiero que se quede en el interior de la fortaleza urdiendo sus intrigas. Así al menos no tengo que verle la cara.

Fuera por la ayuda de los soldados de refresco, fuera por los ánimos renovados gracias a la presencia del rey León, los caballeros lograron expulsar a los mamelucos del adarve. Palmo a palmo iban recuperando el terreno cedido con anterioridad, volviendo a taponar las fisuras en la línea de defensa. Sohier luchaba con todas sus fuerzas, apretando los dientes para soportar el dolor. Ya no sentía el brazo de la espada. Era como si se hubiera vuelto de madera. Sus golpes eran menos precisos y respondía con menos agilidad a las acometidas enemigas. En el último momento reparó en que una lanza buscaba su garganta y se apartó justo a tiempo para que la punta de acero se limitase a lacerarle la mejilla. Luego inutilizó al lancero con un tajo que le abrió la garganta.

De repente una explosión hizo temblar la muralla. Las fuerzas del emir de Alepo reaccionaban al contraataque volviendo a disparar sus catapultas y la bombardas, pese a que los disparos causaban tantas bajas o más entre sus filas como entre las filas cristianas. Los mamelucos perdieron el interés por atacar a la guarnición: ya solo les preocupaba protegerse de aquella lluvia de hierro que los aniquilaba como una nueva plaga enviada por el Altísimo para castigar a los sucesores del Faraón. También los gendarmes se dispersaron aterrorizados; la magnitud del bombardeo era superior a nada que hubie-

ran padecido antes. Los miembros de su escolta trataron de conducir a León de Lusiñán de vuelta a la relativa seguridad de la torre del homenaje, pero se entretuvieron en exceso tratando de vencer las reticencias del monarca y una bola de hierro se estrelló contra el tramo de la muralla desde el que disparaba su arbalesta, lanzando escombros desmenuzados en todas direcciones. Uno de los fragmentos había alcanzado a León V y Sohier pudo apreciar con claridad que sangraba en abundancia por la boca. La pechera de su hábito de caballero, hasta entonces mancillada únicamente por el polvo, se estaba tiñendo de rojo purpúreo a gran velocidad.

Varios gendarmes insistían en replegarse. Sohier quiso aguantar un poco más, negándose a permitir que el sacrificio de su señor fuese en vano. La frecuencia de los impactos en la muralla había decrecido mucho. Al final se detuvo en seco. Los mamelucos habían utilizado todas sus máquinas de guerra a la vez y pasaría algún tiempo antes de que pudiesen disparar de nuevo. Mientras tanto los musulmanes aprovechaban la pausa para retirarse precipitadamente, aturdidos por el bombardeo.

En la muralla los supervivientes se quitaron cascos y yelmos, jadeantes, demasiado agotados para celebrar la victoria. Todos sabían que los mamelucos iban a volver, al día siguiente o quizá antes incluso. Había treinta mil soldados en el llano, asediando Sis, y solo un par de centenares para defenderla, incluyendo a los ancianos y los heridos leves. Sohier recorrió el muro felicitando a los combatientes, con la intención de hacer olvidar a sus hombres aquella verdad incómoda, hasta que uno de sus camaradas le avisó de que alguien subía por el camino: un oficial mameluco, sin casco ni coraza, llevando una bandera blanca atada al extremo de su lanza.

II

Sohier se detuvo en el rellano, recelando de lo que iba a encontrar en el dormitorio. Le habían asegurado que la vida del rey no corría peligro, pero le preocupaba que se tratara de una mentira piadosa extendida para salvaguardar la moral de los soldados. Sin embargo, no escuchó llantos en el dormitorio, y esto le tranquilizó. Se oía el suave murmullo de los rezos, la ocasional exclamación airada de un noble y la calmada réplica del *Katholikos*, pero no oyó a nadie que llorase como sería esperable si León V estuviese agonizando a causa de sus heridas.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó a uno de los guardias armenios que vigilaban la entrada.

—Sobrevivirá, gracias a Dios —dijo el hombre—. Nuestro rey es fuerte.

«Lo es», pensó el mariscal. Y decidido. Había reclamado su corona en unas condiciones en las que parecía un suicidio intentarlo. Sin contar con el apoyo de los chipriotas o los genoveses, y con la mayor parte de los castillos y ciudades de Cilicia en manos de los mamelucos, la reacción más sensata habría sido ignorar la carta enviada por la reina regente que confirmaba a León de Lusiñán como legítimo heredero del trono de Armenia. Pero él no lo había hecho, no había desoído aquel llamamiento. No había elegido el camino fácil. Muy al contrario. Como si tratase de imitar a Jesús, había elegido las espinas.

Sohier se irguió antes de entrar en la habitación. Margarita de Soissons estaba junto a la cama, arrodillada, rezando. Con ella su hija, demasiado joven para comprender nada de lo que estaba sucediendo. Su voz infantil era la única en el dormitorio que no sonaba apagada. El resto de los presentes hablaban en susurros, con la cabeza gacha o tapándose la boca con la mano, como traidores que quisieran mantener ocultos sus propósitos.

Y lo peor era que probablemente fuese así.

La reina madre, Mariam, la misma que había llamado a León de Lusiñán y que luego se desencantó tan rápidamente tras su llegada,

hablaba con el *Katholikos*, que se había sentido gravemente ofendido cuando León insistió en ser coronado por el rito latino además de por el rito armenio. Y al lado del *Katholikos*, inclinando de vez en cuando la cabeza para intercalar algún comentario, el barón Basilio, responsable junto con la reina regente de que el Tesoro Real estuviese vacío. Para celebrar su coronación León de Lusitania los indultó a ambos en lugar de castigarlos como se merecían. Pero ninguno de los dos había perdonado el hecho de que se les acusara por el desfalco cometido; las frases con las que agradecieron ser absueltos de sus delitos sonaban falsas incluso cuando las estaban pronunciando.

El hombre que se encontraba a unos pasos del barón tampoco gozaba del aprecio de Sohier. Siempre le había desagradado Mateo Chiappe, aunque no tuviera razones objetivas para ello. Desde su punto de vista, un caballero no debía tener otra ambición que la de servir a su señor con lealtad hasta la muerte. Sin embargo, intuía que las ambiciones del chipriota iban mucho más allá. Y la intuición se convirtió en certeza después de que contrajera matrimonio con la viuda del rey Constantino III. Un hombre con prisa por encumbrarse, ese Chiappe. Y, por si fuera poco, hacía tiempo que Sohier no veía al caballero en la muralla. Y si no estaba defendiendo la fortaleza, como era su obligación, ¿a qué demonios se dedicaba? Chiappe podía ser muchas cosas, pero no era un cobarde. Tenía que existir otro motivo para que permaneciera día tras día dentro del castillo.

Buscó con la mirada a su esposa, la condesa de Gorigos. Estaba al fondo, también de rodillas, desgranando las cuentas de un rosario. Contempló con agrado sus facciones todavía bellas, como un bálsamo para sus ojos después de haber repasado tantos rostros que ocultaban la traición, y dio un paso nervioso hacia el interior del cuarto. Le entristecía aquella atmósfera de plomo. ¿Qué fue del júbilo con el que los armenios recibieron a León de Lusitania cuando consiguió llegar a Sis tras arrostrar mil peligros? Solamente habían transcurrido diez meses desde entonces, pero parecía que hubieran sido diez años.

—Mi reina...

Margarita de Soissons levantó la cabeza y al ver al mariscal asintió, concediéndole su permiso para acercarse a la cama. Sohier se fijó en que la arbalesta del rey estaba apoyada en la pared a una distancia tal que pudiera cogerla con facilidad, como si simplemente estuviese descansando unos minutos antes de volver a la muralla.

El médico acababa de colocar una cataplasma fresca sobre la boca

del monarca. Al apartarse para permitir que el mariscal ocupara su sitio, reparó en su hombro vendado de cualquier manera con unas mugrientas tiras de lino e hizo ademán de querer revisárselo. Sohier le detuvo con un gesto.

—Más tarde. Ahora tengo que comunicarle algo con urgencia al rey.

La cataplasma ocultaba la mayor parte de los daños. Por encima y por debajo, en la nariz y el cuello, había unos cuantos rasguños sin importancia. La sombra de una enorme moradura sobresalía unos centímetros de los bordes del emplasto.

—¿Está consciente?

—Sí, pero no creo que pueda hablar. Tiene la mandíbula rota y ha perdido varios dientes.

León de Lusignán levantó una mano para contradecir a su médico. Se quitó la cataplasma y Sohier bajó la vista hacia su señor. Bajo la herida roja que era la boca del rey, la mandíbula estaba deformada de una forma que le revolvió el estómago.

—El muro... —musitó el monarca con dificultad. Era evidente que cada palabra le dolía como un agujonazo—. ¿Aún resiste el muro?

—Los mamelucos no han vuelto a atacar, Majestad. Esperan nuestra contestación.

El mariscal sacó la carta que guardaba en sus ropas. La había releído media docena de veces, dudando en cada ocasión si no sería más conveniente fingir que nunca había sido entregada.

—¿Nuestra contestación? ¿A qué esperan que contestemos?

—Es un mensaje del gobernador de Alepo. Ha llegado esta tarde —Sohier desdobló el papel, aunque no necesitaba leerlo. Se sabía el contenido de memoria—: «El Sultán desea comunicar al rey que si rinde la fortaleza y se convierte al islam, le nombrará Gran Almirante y le permitirá conservar su reino».

Un murmullo en la habitación. Estupor en algunas caras, un anhelo indecente en otras. «Al *Katholikos* y a sus seguidores les encantaría que mi señor aceptase la propuesta», pensó Sohier. Ya habían dado sobradas muestras de que preferían someterse a la autoridad material de un soberano musulmán que a la autoridad espiritual del Papa de Roma.

—Jamás —respondió León V.

El mariscal suspiró de alivio. Había temido que las heridas hubieran debilitado la voluntad del rey del mismo modo que habían debilitado su cuerpo.

—¿Dónde está el mensajero?

—Está sentado cerca de las puertas, Majestad, esperando la respuesta.

—Bien. —La mano volvió a elevarse impaciente, ahora llamando al escribano—. Miguel, copia esto en un papel sin cambiar ni una coma: «Antes la muerte que renunciar al Dios verdadero, pero estoy dispuesto a pagar tributo al Sultán como antaño si levanta el asedio y me devuelve mis posesiones». Y tú, Sohier, dáselo al mensajero en cuanto Miguel haya terminado.

—Sería mejor dárselo mañana por la mañana, Majestad. Así tendremos tiempo para reparar los desperfectos en la muralla durante la noche.

—Como quieras. Mientras yo esté postrado en esta cama, la responsabilidad de defender el castillo es tuya. Toma las decisiones que consideres más apropiadas.

No todos en la habitación compartieron el alivio de Sohier o de la reina. El mariscal notó cómo el silencio se endurecía en la parte de atrás, donde estaban reunidos los líderes de los nacionalistas armenios descontentos con la política prolatina del rey. Vio de reojo a Mateo Chiappe girarse discretamente hacia Boghos como si aguardase una señal. El *Katholikos* no dijo nada, pero algo en su forma de inclinar la cabeza le provocó escalofríos.

—Necesito descansar —dijo el rey con su voz quebrada por el sufrimiento—. Dejadme solo con mi familia, por favor.

Los aludidos hicieron caso al ruego de León de Lusiñán retirándose con rapidez, casi precipitadamente. Cuando el mariscal iba a irse también, el rey le detuvo cogiéndole por la muñeca.

—No, Sohier, tú quédate. Tenemos que hablar.

El rey trató de humedecerse los labios con la lengua, pero apenas logró asomar la punta de la lengua antes de que el dolor le obligase a renunciar.

—Dime la verdad: ¿crees que tenemos alguna esperanza?

—Lucharemos hasta el fin, Majestad.

—No es lo que te he preguntado. Te preguntaba si existe alguna esperanza de victoria.

—Hemos enviado peticiones de ayuda a todas partes, mi señor. Puede que en este preciso instante se esté formando en el oeste un ejército de cruzados para venir a auxiliarnos.

León de Lusiñán cerró los ojos al tiempo que sacudía la cabeza.

—No vendrá nadie —dijo el rey en voz baja—. Los genoveses tienen acuerdos comerciales demasiado lucrativos con los sarracenos

como para romperlos por nosotros. Mi primo Pedro el segundo, el rey de Chipre, está demasiado ocupado defendiéndose del acoso de los genoveses. Y los caballeros hospitalarios tratan en vano de mediar entre genoveses y chipriotas, a lo sumo podrían enviarnos una fuerza testimonial. ¿Y de qué serviría? Hay treinta mil sirios y sarracenos en las puertas de Sis. Haría falta un ejército como el que conquistó Tierra Santa hace tres siglos para derrotarlos. Y no vendrá ningún ejército semejante, te lo aseguro. Occidente se ha olvidado de nosotros igual que se olvidó de los Santos Lugares. Ese sueño se ha esfumado. Estamos abandonados a nuestras propias fuerzas y no son suficientes para resistir. No lo son.

Sohier se inquietó al oírle.

—¿Es que habéis cambiado de idea, Majestad? ¿Vamos a rendirnos?

—No, no nos rendiremos. Como muy bien has dicho, lucharemos hasta el final. Si estos son los últimos días de Armenia, al menos que nos sirvan para dar al mundo un ejemplo de gallardía.

Extendió una mano hacia la reina Margarita. Ella la tomó, apretándola con lágrimas en los ojos.

—Ah —se lamentó León—, tendría que haberme dado cuenta de que las campanas que repicaban en la catedral el día de mi coronación en realidad doblaban por la muerte de Armenia. Pero, ¿cómo haberlo sabido? ¡Fue una jornada tan alegre, tan llena de ilusiones! Y fíjate en qué situación me encuentro hoy, rodeado de enemigos, dentro y fuera del castillo.

—No es culpa tuya —intervino Margarita de Soissons—. Ellos nos llamaron. Acuérdate. Esos malditos que ahora te injurian a tus espaldas fueron los que firmaron la carta en la que te declaraban soberano de Armenia. Te escribieron diciendo que tú eras el único rey que aceptarían, ¿te acuerdas? Te suplicaron que vinieras. La reina madre, Boghos el primero, los nobles. Todos. Todos firmaron. Todos te juraron obediencia, pensando que los salvarías del desastre al que habían conducido al reino. Y tú creíste sus promesas. Contestaste a su ruego poniendo en juego tu vida y tu patrimonio. Y así es como te lo agradecen.

Sohier recordó la huida de Chipre después de que León vendiera sus joyas para sobornar a los genoveses de modo que le permitieran abandonar la isla. Y después el desembarco en secreto en Cilicia, el azaroso viaje por un país infestado de mamelucos y turcomanos. Habían cabalgado dos días y dos noches, sin apenas descansar, hasta

detenerse a solo tres millas de Sis para anunciar a la ciudad que el rey había llegado. Y los ciudadanos habían salido en procesión a recibirles, encabezados por el *Katholikos*. Entonces hubo música y baile, y alabanzas sin cuento. Cuatro días después Sohier había partido hacia Gorigos con ciento cincuenta hombres para escoltar hasta Sis a la esposa y a la hija de León de Lusiñán. Y la procesión se había repetido para darles la bienvenida: cada hombre llevaba en su mano una antorcha y las luces eran visibles desde muchas leguas de distancia, como una serpiente de fuego saliendo de su cubil en la montaña. Sin embargo, fue una alegría fugaz. Los desencuentros habían comenzado enseguida, en cuanto León demostró no estar dispuesto a ser un títere de la nobleza armenia.

—Lo intenté —dijo el rey, emocionado—. Intenté que me quisieran. Dios sabe que lo intenté.

—Solo había una forma de que te quisieran —repuso Margarita—. Tendrías que haberte plegado a sus manejos. Haber adoptado sus creencias a la par que abandonabas las tuyas. Pero, en lugar de hacerlo, trataste de ser un rey justo. Les demostraste que estaban equivocados rehuyendo la conciliación con la Iglesia de Roma. Por eso te odian. Y al final te asesinarán. Sí, te asesinarán. Como asesinaron a Guido de Lusiñán, y por el mismo motivo.

—No me odian. Tal vez no me quieran, pero tampoco me odian.

—Te odian —insistió la reina—. Lo sé. Veo cómo te miran cuando les das la espalda, veo cómo contraen la cara con asco antes de decir tu nombre. No les importaría caer en manos de los sarracenos con tal de librarse de ti.

León de Lusiñán se volvió hacia el mariscal con expresión preocupada.

—Y tú, ¿qué opinas?

—La mayoría de los soldados son leales, Majestad —afirmó Sohier, pese a que no estaba en absoluto seguro de que fuera cierto.

La respuesta pareció tranquilizar al rey. Volvió a colocarse la cataplasma encima de la inflamada barbilla y su cuerpo se relajó, exhausto. El descanso era un bien escaso en la fortaleza desde el comienzo del asedio, y el rey había dormido tan poco y tan mal como el resto de los defensores de Sis.

—Haré que redoblen la guardia —le dijo el mariscal a la reina antes de irse.

—¿Para qué? —replicó Margarita sin apartar la mirada de su marido—. Ya no me fío de nadie. Ni siquiera de los guardias.

—Yo respondo por la fidelidad de los hombres que protegen la cámara del rey, mi señora. No tenéis nada que temer.

Al salir de la torre del homenaje se alegró como si respirase de nuevo aire puro tras visitar una especie de mazmorra. El *donjon*, como le gustaba llamarlo a León V a causa de su ascendencia francesa, estaba en la parte más fortificada del castillo, la más elevada y, por lo tanto, la menos expuesta a los ataques de los mamelucos, pero mientras Sohier recorría el camino excavado en la roca que comunicaba los tres sectores en los que estaba dividida la fortaleza, en dirección a la muralla tan duramente castigada por los proyectiles sarracenos, no pudo evitar tener la sensación de que estaba alejándose del peligro en lugar de acercarse.

III

Después de recibir la respuesta negativa del rey, los mamelucos reanudaron el bombardeo con más intensidad que antes, si cabe. Cuando eran los guerreros los que se lanzaban al asalto de la muralla, lo hacían con una virulencia como los sitiados no habían conocido hasta entonces. Era como si estuvieran convencidos de hallarse a un paso de la victoria, y Sohier acabó por descubrir que eso era exactamente lo que sucedía. Gracias a un prisionero mameluco al que interrogaron, pudo averiguar que sus enemigos sabían que el rey estaba herido y que las provisiones almacenadas en el castillo estaban a punto de agotarse. Incrementó la vigilancia en el perímetro, pero no logró dar con el traidor o los traidores que aprovechaban la oscuridad de la noche para enviar mensajes a los musulmanes.

El último ataque mameluco acababa de concluir, dejando su habitual cosecha de muertos y heridos yaciendo sobre un charco de sangre. Sohier se disponía a iniciar su habitual ronda por los muros para comprobar el estado en el que habían quedado tras la acometida, así como para contar el número de hombres que aún estaban en condiciones de combatir. Un grito interrumpió su inspección. Vio a un chico que venía corriendo desde el *donjon*, y el mariscal reconoció a uno de los jóvenes pajes que atendía a León de Lusignan. Tenía una fea herida en la cabeza, responsable de que la mitad de su cara y buena parte de sus ropas estuviesen teñidas de rojo.

—¡El rey! —gritaba histérico el muchacho—. ¡Traición! ¡El rey!

Sohier bajó de un salto de la muralla. Corrió hacia el paje a la par que el chico, enloquecido, detenía a los gendarmes y caballeros con los que se tropezaba para repetir las mismas palabras una y otra vez.

—¡Espera! ¡Detente! —exclamó el mariscal. Sujetó al paje por los hombros, impidiendo que continuara corriendo—. ¿Qué sucede?

—¡Chiappe! —sollozó el chico—. ¡Ha sido Chiappe! ¡Él y sus compañeros francos! ¡Han asesinado a los guardias del rey! ¡A todos!

Un puño invisible apretó el corazón del mariscal, pero se obligó a mostrarse sereno mientras hacía la inevitable pregunta:

—¿Y al rey? ¿Han matado también al rey?

—No lo sé. Lograron atrancar la puerta del dormitorio antes de que Chiappe y sus hombres derrotasen a los guardias. Yo quise quedarme en la torre para defender al rey, pero uno de los caballeros francos intentó matarme y tuve que huir.

—Has hecho bien —dijo Sohier—. Si no es por ti no sabríamos lo que ha ocurrido hasta que fuese demasiado tarde.

Llamó a los gendarmes que tenía más cerca. En solo un par de minutos había organizado un grupo de hombres escogidos con el que dirigirse apresuradamente hacia el *donjon*.

—¿Viste quiénes estaban en la habitación con el rey? —preguntó Sohier al paje durante el trayecto—. ¿Había alguien capaz de hacer frente a los francos si consiguen derribar la puerta?

—Algunos sirvientes armados se refugiaron en la habitación. Y en el momento en el que Chiappe atacó por sorpresa a los guardias el ingeniero estaba discutiendo un plan con el rey, y me fijé en que llevaba consigo su ballesta.

Sohier asintió. Apenas había tenido trato con el responsable de construir y mantener las máquinas de guerra existentes en el castillo, pero había oído a varios compañeros suyos elogiar la inteligencia y la habilidad con la ballesta del pequeño griego.

—Tengo entendido que es un hombre lleno de recursos. Quiera el Todopoderoso que se le ocurra alguna estratagema con la que burlar a Chiappe.

Extrajo la espada de la vaina, ignorando el cansancio después del combate que acababa de librar en la muralla. Ya se oían los gritos de las mujeres que habían escapado de la torre del homenaje y Sohier se preguntó si su esposa se encontraría junto a ellas o sería una de las personas atrapadas en el dormitorio del rey. Desde que León cayó herido, la condesa de Gorigos se había impuesto a sí misma el deber de acompañar a la familia real a todas horas, hasta que el monarca estuviera completamente repuesto.

«¿Y si estuviera muerta?», pensó el mariscal. Prácticamente no se habían visto ni habían hablado en las pasadas semanas. Ambos vivían y dormían en lugares separados: ella en la torre del homenaje, él en la muralla. Siempre habían dado por supuesto que, si uno de los dos fallecía sin haber tenido la oportunidad de despedirse de su cónyuge, sería Sohier. Pero de repente se habían cambiado las tornas y era la vida de Femia, no la suya, la que estaba amenazada.

—Yo me encargo de Chiappe —informó a sus camaradas—. Si le localizáis antes que yo, indicadme dónde está para que pueda matarle.

Despidió al paje que le había guiado hasta allí para que fuese atendido de su herida y comenzó a abrirse paso entre la muchedumbre congregada frente a la torre del homenaje. Los curiosos se unían a los sirvientes que lograron salir del *donjon* a tiempo en una confusión de gentes y alaridos que Sohier y sus gendarmes atravesaron maldiciendo y repartiendo empujones. Al otro lado encontraron un nuevo obstáculo: el portón parecía estar cerrado a cal y canto. Sohier probó a empujarlo con el hombro sano, pero solo consiguió confirmar que los cerrojos estaban echados.

—Hay que ir a buscar un ariete —dijo—. O improvisar uno con una viga o un tronco gruesos. También podríamos recurrir al fuego, pero con este viento me da miedo que incendiemos la torre por accidente y acabemos causando más daño que el que queremos evitar.

Miró alrededor en busca de alguna estructura de madera que pudiesen desmontar fácilmente. Se había decidido por desmantelar uno de los trabuquetes cuando el brazo de un soldado se elevó para señalar un punto en los muros del *donjon*. Pronto fueron multitud los brazos que señalaban hacia arriba provocando otras tantas exclamaciones de asombro.

—¡Sohier, fíjate! —le gritó Hugo—. ¡Es el rey!

Llegó justo a tiempo para ver al ingeniero saltar a tierra. La sogla subió rápidamente y poco después León de Lusiñán, con la cabeza envuelta en vendajes, descendía atado a ella. Había varios tramos de cuerda anudados en sus extremos colgando de la ventana del dormitorio del rey, aunque ellos dos eran los únicos que los utilizaban para escapar. No estaban a la vista los que sostenían la cuerda en el dormitorio, pero había alguien asomado a la ventana, como si tratara de reunir el valor necesario para imitar al monarca.

—Es increíble... —farfulló Sohier—. ¿Cómo se os ha ocurrido?

—Ha sido pura casualidad —respondió el griego—. Estaba ideando una forma de hacer frente a los francos y de repente me percaté de las cuerdas de las que colgaban los tapices. Miré por la ventana y me pregunté: «Si las juntamos todas, ¿tendrán longitud suficiente para llegar hasta el suelo?». Y, como habéis visto, la tenían.

Ayudaron al rey a bajar. Se le veía tan pálido y desfallecido que Sohier se admiró de que en su estado hubiera sido capaz de soportar el descenso desde la torre.

—Es un milagro, mi señor. Creíamos haberos perdido para siempre y sin embargo, aquí estáis, sano y salvo.

León V no le hizo caso. Simplemente se apartó de los hombres

que le rodeaban para detenerse a unos pocos pasos, contemplado fijamente la ventana desde la que había descendido.

—Mi mujer..., mi hija... —balbuceó—. Aún están arriba. Tenemos que ir a rescatarlas ahora mismo.

Su mano buscó el pomo de la espada. Sohier se le adelantó, impidiendo que el monarca pudiese empuñar su arma.

—No, mi señor. Permitidme que sea yo el que reconquiste la torre para vos.

—Estoy bien —dijo el rey, aunque su porte sugería todo lo contrario—. Yo lideraré el ataque.

—Más tarde, quizá. Primero debéis descansar.

Llamó a un gendarme para que se llevase a León de Lusiñán a un lugar seguro. No tenía sentido tentar a la suerte consintiendo que el rey arriesgase su vida tras haber escapado milagrosamente de la torre.

—Os acompañaré —anunció el griego, colocando un virote en la ballesta—. Me gustaría hacerle un agujero nuevo a Chiappe, a ser posible en la frente.

—De modo que confirmáis lo que me han dicho: él es el responsable de esta fechoría.

—Lo es. Se ha vuelto loco o le han vuelto loco prometiéndole que él será el siguiente rey de Armenia si León de Lusiñán muere. Yo estaba en el dormitorio explicándole a nuestro señor una mejora que se me ha ocurrido para aumentar el alcance de los trabuquetes y de pronto entró un guardia malherido diciendo que había que cerrar la puerta y atrancarla con todo lo que hubiera en la habitación. Y eso es exactamente lo que hicimos. Después nos contó que Mateo Chiappe y sus camaradas francos habían pedido entrevistarse con el rey, y que cuando los guardias les advirtieron de que tendrían que desarmarse antes de entrar, ellos reaccionaron desenvainando las espadas y atacando todos a una.

Un grupo de criados estaba trayendo un viejo ariete con aspecto de haber estado almacenado durante siglos en un sótano húmedo. El mariscal apretó la madera con los pulgares para comprobar que todavía estuviese en condiciones de soportar unos cuantos topetazos y luego se volvió hacia el ingeniero para preguntarle lo último que le quedaba por saber:

—¿Estaba mi mujer en el dormitorio del rey cuando atacaron los francos?

—Es la condesa de Gorigos, ¿verdad? Sí, estaba con nosotros.

Traté de convencerla para que bajase por la cuerda con nosotros, me pareció lo bastante ágil como para intentarlo, pero se negó a dejar sola a la reina.

—Es una mujer valiente —dijo Sohier con afecto.

—Valiente, sí. Y testaruda. Igual que el rey. No creáis que fue fácil persuadirle para que aceptase bajar conmigo. Tuve que recordarle que si él moría el reino estaba perdido, e incluso así tal vez no lo hubiera hecho de no ser porque la reina Margarita le suplicó que aprovechara la oportunidad.

El primer impacto del ariete apenas sacudió el polvo en los goznes de la puerta. El segundo hizo que Sohier se preguntase si habría que buscar otro madero más pesado. Después de varios golpes fue necesario relevar a los agotados sirvientes y el portón estaba prácticamente intacto.

—Abrid las puertas y os perdonaremos la vida —gritó Sohier. En otras circunstancias no le habría importado dedicar el tiempo que hiciera falta para abatir la puerta con el ariete, pero cada minuto de más que tardasen en conseguirlo podía suponer la perdición para la familia del rey—. Lo juro por mi honor de caballero.

No hubo respuesta desde el interior de la torre del homenaje. Solo vio un rostro mostrarse fugazmente en una ventana, y antes de que el mariscal tuviera la oportunidad de avisar a los arqueros para que no disparasen se marchó sin haber contestado al ofrecimiento de Sohier.

—Como quieran —dijo con desprecio—. Asaltaremos la torre y los mataremos a todos.

—Debéis insistir, hijo mío —intervino Boghos. Se había acercado al mariscal mientras estaba pendiente de que alguien respondiera a su llamado—. Hay que evitar como sea que se produzca un derramamiento de sangre.

—Ya se ha derramado sangre. —Sohier evitó deliberadamente utilizar alguna de las fórmulas de respeto que solían utilizarse al dirigirse al *Katholikos*—. Los guardias del rey yacen muertos, asesinados por la mano de ese traidor.

—Chiappe no pretende nada malo, estoy seguro. Solamente desea acabar con esta locura antes de que todos perezcamos. —Boghos se adelantó con expresión decidida—. Iré a hablar con él para que libere a la hija y la esposa del rey. A mí me hará caso.

—No irá nadie a hablar con Chiappe. Le he ofrecido el perdón y ya me arrepiento de haberlo hecho. A partir de ahora serán las armas

las que hablen, y que Dios tenga piedad de él si aún está vivo cuando le encuentre.

Finalmente la puerta cedió, después de dos horas de continuos golpes con el ariete, seguidos por hachazos mientras los sirvientes recuperaban el aliento, pero los ocupantes del *donjon* habían podido levantar una barricada tras ella que Sohier no consiguió superar con el reducido grupo de hombres del que disponía. Y no se atrevía a llamar a más caballeros para que le ayudasen, dejando la muralla aún más desguarnecida de lo que ya estaba.

—Estamos entre la espada y la pared —se lamentó el mariscal—. Si permitimos que Chiappe se salga con la suya, perderemos. Y si permitimos que los sarracenos se apoderen de la muralla, perderemos. Hagamos lo que hagamos parece que estemos condenados a perder.

Sin embargo, lo intentaron. Cuatro veces. La primera cuando el sol declinaba y las otras tres durante la noche, con la esperanza de que la oscuridad fuese su aliada en lugar de su enemiga. En el estrecho espacio al pie de la escalera resonó el choque del acero contra el acero y los gritos de hombres que apenas se veían, guiados exclusivamente por las chispas que saltaban al colisionar las hojas de sus espadas. Nadie se atrevía a encender antorchas, ni atacantes ni defensores, por miedo a provocar un incendio que acabase devorando la torre. De modo que Sohier recordaría de por vida aquellas caras entrevistas un instante, como si las iluminase un relámpago lejano, que enseguida volvían a disolverse en las tinieblas. Parecía que estuviera luchando con fantasmas mientras trataba desesperadamente de trepar por encima de los muebles apilados que componían la barricada. Por desgracia para Sohier, eran fantasmas que luchaban bien, tan empeñados en impedirle acceder a la torre como él lo estaba en conseguirlo. Y las tres veces tuvo que retirarse, tan exhausto que el peso de su armadura le hacía caminar encorvado igual que un anciano.

Con las primeras luces del alba se dirigió al *Katholikos*. Él tampoco había dormido gran cosa esa noche. Estaba de pie junto a un puñado de nobles armenios, fingiendo estar preocupado por la reina Margarita y su hija. Pero Sohier era consciente de que lo único que le preocupaba era el hecho de que Mateo Chiappe hubiese dejado escapar con vida a León de Lusignan.

—Teníais razón —dijo con voz resignada—. No conseguiremos nada por la fuerza.

—Ya os avisé, Sohier.

—Es cierto. Y os pido perdón por no haberos escuchado. ¿Aún estáis dispuesto a parlamentar con Chiappe?

—Naturalmente, hijo mío. Haré lo que sea necesario para detener esta matanza.

—Os doy las gracias. Tal vez esté dispuesto a comunicaros cuáles son sus condiciones para capitular.

—Estoy convencido de que lo hará. Pese a lo que podáis opinar, Chiappe es un hombre sensato. Lo que ha hecho, lo ha hecho pensando solamente en el bien de Armenia. Que no os quepa ninguna duda.

El *Katholikos* formó una pequeña delegación de sacerdotes a cuya cabeza se situó portando una gran cruz de plata. Al mismo tiempo Sohier observó que el rey llegaba apoyándose en dos criados. Y reparó igualmente en que su aparición no provocaba en la multitud que contemplaba el asedio de la torre las aclamaciones que sí acompañaron a la delegación cuando el *Katholikos* comenzó a caminar hacia la puerta del *donjon*. Muy al contrario, escuchó unos cuantos silbidos de desaprobación que le hicieron estremecerse de rabia.

—Hay algunas alimañas que se han pasado la noche entre los refugiados difamando al rey —le explicó el griego—. Dicen que es el culpable de sus privaciones y que si no fuera por él obtendríamos una paz favorable con los sarracenos.

—Habría que capturar a esos difamadores y cortarles la lengua —rumió Sohier.

—¿Y quién va a hacerlo? No podemos estar en todas partes a la vez —suspiró el ingeniero—. Los leales a León de Lusignan ya éramos pocos al principio y cada vez somos menos. Me sorprende que todavía seamos capaces de controlar la situación. Para ellos —señaló con la nariz a la muchedumbre—, somos extranjeros. Siempre lo hemos sido, pero antes nos consideraban los salvadores que habían llegado de Chipre para rescatar Armenia de las garras de los sarracenos y ahora nos consideran tan dañinos como ellos, si no más.

—¿Y de qué nos acusan? ¿De haber perseverado en tratar de salvar el reino pese a que nos enfrentábamos a obstáculos insuperables?

—Nos acusan de haber fracasado en nuestro empeño. La derrota no tiene amigos, De Sart. Ya deberíais saberlo.

La presencia del soberano les hizo callarse. Sohier agachó la cabeza, avergonzado por no tener ninguna buena noticia que dar. Al final se vio obligado a confesar que la torre del homenaje seguía en

poder de los hombres de Chiappe y que desconocía la suerte que habían corrido la mujer y la hija del rey.

—¿Y qué haces aquí parado? —replicó León de Lusiñán—. Ataquemos enseguida, vamos, sin perder ni un segundo.

—Llevamos toda la noche atacando la torre sin resultado, mi señor. He decidido probar otra estrategia.

—¿Cuál?

—Es algo que preferiría mantener en secreto por ahora. Nunca se sabe quién está escuchando.

—Confío en que sepas qué estás haciendo —La mirada del rey se endureció de una forma que hizo encogerse a Sohier—. No te lo perdonaré si mi familia sufre algún daño.

—Yo tampoco me lo perdonaría a mí mismo, mi señor.

Hizo una seña a sus soldados. El *Katholikos* estaba en la puerta del *donjon*, llamando a los hombres que lo defendían. Después de que anunciase que deseaba negociar con Chiappe las condiciones de una tregua, los francos comenzaron a despejar un paso en la barricada para que la delegación pudiese atravesarla. Sohier esperó pacientemente a que terminaran. Y luego, en cuanto Boghos dio un paso para cruzar por la abertura en la barricada, el mariscal se lanzó contra la entrada con todos los hombres de los que disponía, atropellando a los desconcertados miembros de la delegación.

—¡Esto es una infamia, de Sart! —gritó el *Katholikos* mientras era apartado de un empujón—. ¡Les he jurado por la Santísima Virgen que veníamos en son paz!

—La traición con traición se paga —se limitó a contestar Sohier.

Los francos trataron de recomponer la barricada, pero fue en vano. Los gendarmes los arrollaron repartiendo espadazos y la sangre se mezcló con el polvo y el serrín acumulados en el suelo del vestíbulo, formando un barro cobrizo. Dos caballeros francos tuvieron la presencia de ánimo necesaria para alcanzar una posición ventajosa aprovechando la estrechez de la escalera de caracol. Ciego de ira, Sohier descargaba brutales tajos con su arma que acababan invariablemente tropezando en un escudo o en una coraza, sin causar mayores daños. Uno de los francos cayó cuando una saeta disparada por el ingeniero griego le alcanzó en la axila en el momento en el que levantaba el brazo para responder a uno de los golpes del mariscal. Su compañero, solo, no pudo mantener la posición y acabó siendo derribado primero y pisoteado después. Los gendarmes corrieron escaleras arriba como si los persiguiera el diablo. Sohier estaba an-

sioso por salvar a la familia del rey y a su esposa. Y también, por qué no confesarlo, por matar a Chiappe, al que había llegado a odiar con todas sus fuerzas. Ni el cansancio, ni el dolor en su hombro maltrecho ni las heridas que había sufrido durante los combates de las últimas semanas menguaban la exaltación que debía a aquel odio desmesurado. Si se le hubiese presentado de repente la posibilidad de dar muerte al emir de Alepo, sin duda la habría rechazado para poder continuar persiguiendo a Chiappe.

Oyó gritos femeninos. Se apresuró aún más, recelando que los francos, al verse derrotados, estuvieran asesinando a los familiares del rey. Pero la puerta del dormitorio estaba abierta y el único enemigo presente en el interior era un caballero que había dejado sus armas sobre un arcón y se asomaba a la ventana. Era Chiappe. Recuperó apresuradamente su espada y se lanzó a por Sohier. Este paró la estocada. Luego lanzó un tajo lateral contra su cabeza; el filo de la hoja encontró la frente de Chiappe y un aluvión de sangre cubrió sus ojos como una cortina. Cegado, dio un paso atrás, cercenando el aire con golpes desesperados. Sohier escogió con cuidado el momento preciso. La espalda saltó hacia adelante igual que un pincho, clavándose en el corazón de Chiappe.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Sohier a la reina después de cerciorarse de que su enemigo estaba muerto.

Margarita de Soissons asintió, aunque profundas ojeras deformaban sus ojos. La princesa también estaba sana y salva, pegada a las piernas de su madre. Por último, comprobó con alivio que Femia no mostraba señales de haber sido maltratada durante su cautiverio.

—¿Y los otros?

—Han escapado utilizando el mismo truco que el rey —contestó su esposa. Luego apuntó con el índice al cadáver que yacía en el suelo de la habitación—. Él decidió quedarse el último.

—¿Y los gritos?

—Insultábamos a los francos por cobardes, ya que rehuían la lucha. ¿Qué más podíamos hacer?

—Nada. Pero no te preocupes. No podrán ocultarse por mucho tiempo. Los atraparemos.

Envió a un gendarme a buscar a León de Lusiñán. Subió despacio, sin soltarse de los criados que le auxiliaban hasta que se adelantó tambaleándose para abrazarse con la reina. Sohier encargó a la tercera parte de sus efectivos que se quedasen para montar guardia ante la cámara real y bajó por la escalera con la intención de empren-

der la persecución de los francos que habían escapado. Pero en el vestíbulo encontró a un grupo de soldados leales reconstruyendo el parapeto y procurando volver a encajar la destrozada puerta en sus goznes. Sohier reconoció a algunos de ellos. Eran hombres que dejó atrás defendiendo la muralla mientras él se afanaba en recuperar la torre del homenaje.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —exclamó furioso—. ¿Quién defiende la muralla?

—La muralla ha caído —explicó uno de los soldados—. Los traidores se volvieron más osados desde que os fuisteis y han aprovechado un descuido nuestro para abrirles las puertas a los sarracenos. Tratamos de resistir, pero ha sido imposible.

A través del hueco de las puertas oyó los alaridos de los mameucos, aproximándose. Y algo más. La multitud de curiosos, en lugar de asustarse, parecía alborozada, preparándose para recibir a sus libertadores. Los que estaban en las primeras filas amenazaban con palos y herramientas a los soldados que se habían refugiado en el *donjon*, incluso les arrojaban piedras de tanto en cuanto.

—Es el fin —musitó Sohier.

Nadie le prestaba atención, los hombres estaban demasiado ocupados componiendo las defensas. Se sentó con lentitud en uno de los baúles utilizados para levantar la barricada. De pronto se notaba agotado, incapaz de volver a ponerse en pie. Por primera vez desde que había acompañado a León de Lusignán para reclamar el trono de la Nueva Armenia sintió que la desesperanza le vencía.

—Hemos luchado solos —dijo, sin importarle no ser escuchado—. Ninguno de los reyes de occidente que se hacen llamar cristianos movió un dedo por nosotros. Ninguno. Espero que al menos se avergüencen por lo que han hecho.

Esa misma tarde León de Lusignán envió un emisario al cuartel enemigo. El comandante egipcio respondió remitiéndole un salvoconducto y el rey aceptó rendir la torre y sus ocupantes a los mameucos.

Era el trece de abril del año de Nuestro Señor de 1375 y el reino de Armenia había dejado de existir.